

Apuntes sobre el vacío:

Una lectura inicial de Serres y su interpretación sobre la obra de Lucrecio

Judith Elena García Manjarrés.

Lucrecio Caro existió entre los años 99 a. C y 55 a. C. poeta, filósofo romano y escritor de su único libro: Sobre la naturaleza de las cosas, donde aborda la cuestión del atomismo, es decir, la propuesta que el mundo está compuesto por combinaciones pequeñas de partículas indivisibles, que son los átomos, partículas, cuya misma raíz, en griego, implica que son imposibles de cortar.

El átomo, según Demócrito, no sólo son partículas materiales indivisibles, indestructibles, sólo distinguibles entre sí por su forma y dimensión y que, con sus diferentes combinaciones constituyen los cuerpos diferentes y materiales. Estos cuerpos, son los que soportan el ser y este ser no puede ser pensado en una dualidad de una cosa o la otra, es decir, no existe la disyuntiva entre el ser y el no ser, pueden darse ambas cosas al mismo tiempo. Espacio y vacío configuran algo en el mismo momento, no son propiamente dissociables, cosa que nos recuerda la propuesta lacaniana acerca de la banda de moebius, no hay interior y exterior y el inicio es el mismo final. Si se recorre toda con un dedo, terminaremos en el mismo lugar en que hemos empezando pero con orientación invertida. Y aunque ella es una banda, justamente por serlo, bordea un vacío que puede estar en movimiento. Es, sobre este vacío y la posibilidad de ese movimiento que pretendo plantear algunas ideas, de acuerdo a la inicial lectura del texto de Michel Serres.

De lo anterior, nos enseña Serres (1972) “(...) el universo se llena de granos y de lagunas entre ellos, es decir, de átomos y vacíos. Ciertamente las cosas no son aquí homogéneas (...)” (p. 32), pero también esos mismos átomos que llenan el universo, “(...) se desvían de su trayectoria rectilínea "sólo lo suficiente para que pueda decirse que su movimiento ha variado" (...)” (Serres, 1972, p. 20) y, es ese movimiento, “estrictamente mínimo” (p. 20) nombrado por Lucrecio, el clinamen, a veces incluso imperceptible, el que pese a nacer de una caída, necesariamente desde arriba, hace que el mundo funcione. Es el

clinamen, afirma Serres (1972) la “condición mínima que podemos concebir para la formación primigenia de una turbulencia” (p. 22), origen a su vez de todas las cosas según indica Lucrecio.

La turbulencia o el flujo turbulento en física, hace referencia a aquel donde hay fluctuaciones todo el tiempo y por eso, las partículas se mezclan, se confunden, se desplazan de manera aleatoria, lo que implica que todo el tiempo están en movimiento. Y también, es porque los átomos se encuentran en y por la turbulencia, que es posible el clinamen. La caída en el vacío y el movimiento inclinado, dan origen a las cosas y lo único estable entonces es el vacío.

Si es esa pequeña desviación, ese clinamen el que permite el nacimiento de las cosas, pero también, propone Lucrecio, comporta necesariamente la destrucción de las mismas, es posible entender entonces su afirmación de que “el mundo es un torbellino global”, perturbado también por las turbulencias que lo originan, que además tiende a derrumbarse “a caer abatido por las trombas”, toda vez que “la naturaleza se presenta mancillada por multitud de defectos”. Estas afirmaciones desde la física, nos permiten, en tanto analistas, pensar en la clínica con las vicisitudes que ella implica. Reconocemos, desde la clínica y la teoría psicoanalítica la presencia de un vacío al que llamamos falta y que es constitutivo para el sujeto, un vacío en el que privilegiamos por medio de la palabra y la escucha de la misma lo que el sujeto puede decir sobre él, pero también un vacío que turba al sujeto y que es el que permite el movimiento del mismo. Ese sujeto que a veces se nos aparece en la clínica, si hay algo de lo que puede atestiguar es justamente de ese vacío que lo constituye y que no cesa y que por mínimo que él sea, comporta un movimiento. De esto, nos enseña Serres (1972):

La protodinámica de Lucrecio consiste en preguntar: ¿Qué sucede realmente cuando este ángulo aparece o subsiste durante un tiempo? Y la respuesta es: Todo. Es decir, la naturaleza, el nacimiento de las cosas y la aparición del lenguaje (p. 42).

Esa aparición del lenguaje, principio de la enseñanza psicoanalítica por excelencia, nos enseña Serres (1972), no sólo da cuenta de lo fundante que ella es para que emerja un sujeto, para que pueda darse la posibilidad de su efecto, sino que también ella es posible gracias a la relatividad de cierto movimiento, por imperceptible que este sea y ella misma comporta el nacimiento de las cosas, incluso desde la física, el lenguaje funda entonces la naturaleza de las cosas. Así, dice Serres (1972):

Ocurra lo que ocurra, todo deriva de los átomos originarios como capa de fondo. Todo deriva de las raíces elementales: así sucede con las palabras, esos agregados variables de átomos-letras. Este es el origen del sentido, el relámpago que atraviesa el telón de fondo y que es un ruido de fondo. El sentido no es más que su pendiente, es el sentido de la pendiente. Él mismo es una deriva (p. 54).

Entonces, tanto el psicoanálisis como la física nos proponen ubicarnos en los puntos iniciales de lo que parece simple, pero se complejiza en su avance. Esto es, todo nace del vacío, pero el nacimiento es posible si y sólo si los átomos se encuentran y hay ese vacío que parece necesario preservar para que hacer posible el movimiento y, a su vez es porque todo está en movimiento que es posible encontrar un sentido. No sólo el origen y/o la naturaleza de las cosas, sino también el sentido de las mismas, aunque ese sentido implique a su vez una deriva. Es necesaria la desviación, pese a que, en física, desde la teoría del caos, no se pueda saber con esa desviación a donde se llega. Si bien, parece no tratarse del azar, tampoco puede predecirse con exactitud, porque sus recorridos no son lineales.

Nos enseña Serres (1972) entonces:

Y el principio de razón, rigurosamente hablando, es un teorema de estática. Si existen cosas y hay un mundo es porque se distinguen de cero. Y si existe la razón, no es más que esta proporción inclinada. Si hay una ciencia, es su evaluación. Si hay un discurso, habla de la inclinación. Si hay una práctica, ella es su instrumento. No existimos, no hablamos y no trabajamos ya sea con la razón, con la ciencia o con las manos si no es en y por la desviación del equilibrio. Todo es desviación del equilibrio salvo la nada, es decir, salvo la identidad (p. 40).

Propongo intentar pensar a partir de ese vacío que Serres (1972) nos enseña desde su lectura de Lucrecio, como el origen de todas las cosas, la posibilidad del encuentro y el avance en la clínica. Es decir, reconocemos en el sujeto, una dialéctica particular, gobernado, si así se me permite decirlo, por el inconsciente y también por aspectos que al mismo tiempo ese mismo sujeto, reconoce como extraños y propios. No se trata de una lógica newtoniana donde desde una perspectiva mecanicista se operaría desde un lugar u otro, en cambio pareciera que Lucrecio antecede incluso a Einstein con la teoría de la relatividad, que al encontrarnos con ella, desde años escolares, nos enseña que todo está en

movimiento, así parezca a nuestra percepción, estático. El sujeto, parece no operar por fuera de esa lógica, pues él, no sólo “habla y oye”, como enseñara otrora Lacan, sino que también en él confluyen el torbellino, el caos, el vacío y es con eso, con lo que nos enfrentamos en la clínica y es frente a eso que nos insiste el deseo de analizar. Es afirma Serres (1972) “a condición de que se incline”, que es posible insistir en la pregunta sobre el nacimiento de las cosas y también, sobre lo que en tanto analistas ocupa el centro de nuestra atención, el sujeto, lo inconsciente, el lazo social.